El Josefino®

Nº 5. Mayo 2019

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

San José MAESTRO EN EL SUFRIR pag 4.

Santa Laura y San José pag 8.

Josefología pag 12.

"Hazme oír tu voz porque es dulce"

Cant. 2,14

SUMARIO

pag

AL LECTOR 3

SAN JOSÉ:
MAESTRO EN EL SUFRIR 4

ORACIÓN A
SAN JOSÉ 6

SANTA LAURA MONTOYA
Y SAN JOSÉ 8

EL AMOR DE SAN JOSÉ
A JESÚS 11

JOSEFOLOGÍA 12

SAN JOSÉ:
ESCONDIDO EN CRISTO 15

... Al lector...

Estimados Josefinos:

Si todas las noches, antes de entregarnos al sueño, eleváramos nuestra mente y nuestro corazón a San José seguramente el descanso nocturno sería muy diferente, sería un remanso de paz.

Y si, durante el día, en el trabajo, sin dejar de hacer nuestro deber, nuestra mente se remontara *"a lo alto"* sentiríamos una alegría y un gozo profundo que no encontraríamos en ninguna otra parte.

Dicen que para la alondra, cuando remonta el vuelo a las nubes para cantar su himno matinal, el ruido del trabajo, la gritería de la tierra, el balido de los rebaños, el susurro de las aguas y el movimiento de las hojas se van calmando, poco a poco, a medida que la avecilla se eleva por los aires. El viento hace balancear las ramas de los árboles pero ella no siente el ruido que producen; para la alondra es un espectáculo silencioso; ningún rumor llega a ella encerrada en aquella región de apacible resplandor.

Lo mismo sucede con nosotros, respecto a la presencia de Dios durante el día, cuando nos elevamos sobre nuestras propias necesidades, sobre la importuna gritería de nuestras tentaciones y de todo lo que nos rodea y mete ruido y levantamos el vuelo hacia el trono de Dios, oculto en nuestro mismo corazón.

¿Cómo sería San José en su encuentro diario con el Señor en medio de su habitual faena? Sería muy sencillo y, a la vez, muy divino.

En San José no había división entre el trabajo y la presencia de Dios. En él todo fluía en suave armonía. En él hacían simbiosis lo humano y lo espiritual tan armónico y silencioso como el encuentro del agua de los grandes ríos en su desembocadura con la del mar. Casi no se nota de quién es cada gota de agua: se han fundido en una sola.

Esos actos de amor, completamente interiores y silenciosos, ocuparían el trabajo diario de San José, fortificarían su alma en aquellos momentos en que todo esfuerzo le parecería una nueva fatiga. Su vida se asemejaría a una escalera que empezaría en la tierra y acabaría en el cielo. ¡Qué llenos estarían sus días de "vida" de "vida eterna" sin haber llegado aún! ¡Qué heroísmo inspira la fe! Como aquella santa, Felícitas, que viendo a sus hijos prontos a subir el último peldaño que los separaba del cielo, con su voz y con su corazón maternal, los empujaba hacia la bienaventuranza.

Obremos como San José. Siempre que se nos presente una ocasión, en nuestro diario vivir, inmolemos todo al amor de Jesús; no guardemos nada por dulce que nos sea; demos todo, ¡todo! y hagamos la donación con desinterés espontáneamente, como Él.

El tiempo pasa como el relámpago, como un sueño. La vida del hombre se asemeja a una flor fresca por la mañana y marchita por la noche. *"No vivimos más que una hora"*, decía Santa Teresa. Seguro que San José sabía esa ciencia de aprovechar cada momento "para la eternidad". Sí, para llenarlo de obras de amor. Por eso su trabajo sería un canto de amor a Dios y, minuto a minuto, se remontaría hacia el cielo como la alondra pensando sólo en su Señor.

La Redacción.

San José:
Maestro en el sufrir

Año tras año había adquirido esa sabiduría profunda de saber que el dolor es el camino del amor, que en el dolor brilla el amor, que el dolor está lleno de esperanza.

¡Cuántos sufrimientos permitió el Señor sobre San José!...

Por eso, en San José, el dolor ya era sumisión a Dios, alabanza, adoración, acción de gracias. El sufrir lo libraba de la continua tentación de instalarse cómodamente en este mundo. El dolor ponía en él continua "tensión" hacia arriba, hacia lo de Dios, hacia lo inmarcesible. No se paraba en las cosas de este mundo.

Esa *paciencia,* ese *aguante* frente al dolor, por amor a Dios, era la virtud más humana de San José ante el Señor.

Había algo profundo en San José. Siempre pensaba que la tribulación que le sobrevenía, por dura que fuese, no era señal de que la Voluntad de Dios no estuviese en ello. En todo su diario vivir, en los avatares y dificultades de la vida buscaba sólo y siempre la Voluntad de Dios y esto aunque esa voluntad de Dios le fuese dolorosa.

El Reino de Dios se iba cosechando en Él "en y a través" de numerosos e impresionantes fracasos. Esto lo comprendían pocos y escandalizaba a muchos.

San José sabía que todos los seguidores de Jesús debían ser "probados" antes de la victoria final, que todos debían llegar a situaciones "límites" en las que Dios estaba presente "sin estarlo", aparentemente.

¡Qué poderoso es el sufrimiento cuando es querido y totalmente voluntario!

San José, en lo hondo de su prueba, mostró su nobleza, la de su adhesión a Dios. Él demostró a Dios que no se adhería a su Señor por interés propio sino por pura y desnuda preferencia de Dios sobre todo sin excepción alguna. Demostraba así que Dios era *"su Dios"*, su Único Sol.

La Voluntad de Dios era el único bienestar de fondo en San José. En sus pruebas demostró la calidad de su *"salud espiritual"*, su *"solidez"* firmemente asentada.

A pesar de tener momentos de incertidumbre total, se mantuvo firme, agarrado a Dios; esperó contra toda esperanza pero sin apartarse de "su cruz". No puso en duda, ni un solo instante, la amistad que Dios le seguía teniendo a pesar de no ver al Padre sensiblemente, tangiblemente, por sitio alguno. No tenía que ver a Dios para aceptar, dócilmente, su Voluntad.

Seguir adherido a Dios en la cruz era decirle que le acogía en lo más profundo de su "yo" porque, libremente, lo aceptaba. Abrazaba la cruz sólo por ser ésa la Voluntad de su Dios y nada más. No razonaba, no indagaba sobre ella, no se rebelaba.

Nuestro destino, también como el de María y José, es cargar siempre con el amor como cargó Jesús con el amor; y el amor, por nosotros, lo puso en la Cruz.

La cruz nos dará la medida de nuestro amor al Señor. Sólo en la cruz sabremos amar de verdad a Dios. Sólo en ella alcanzaremos la vida. Por ello y por mucho más:

"San José es Maestro en el sufrir"

¡Llévame contigo, San José, y no me sueltes!

San José, estimula en mí el amor por servir a Dios, el gozo de someterme a Él, más humildemente cuanto más me siento colmado por Él.

Haz de mí un fiel y buen servidor de Jesús que se consagre en la sombra por amor.
Que mi ideal, como el tuyo, no sea nunca dominar ni imponerme sino servir.
Llévame en tu compañía, con el fervor de tu entusiasmo.

Déjame, San José, entrar en la simplicidad de tus pensamientos, en el silencio de tu contemplación.
Ayúdame a no tener, como Tú, sino una única preocupación: Cristo.
Permíteme acompañarte así toda mi vida porque, en cada instante de ella, tengo necesidad de la intimidad con Cristo y del entusiasmo de tu presencia, San José.

Déjame ir sin cesar a tu lado para que, al final del camino, en el encuentro último, pueda cantar contigo mi "Magnificat" de amor a Dios.

Que esta palabra "esclavo del Señor" exprese sinceramente mi actitud perpetua ante Jesús.

¡Llévame contigo, San José, y no me sueltes!

Oración
A SAN JOSÉ

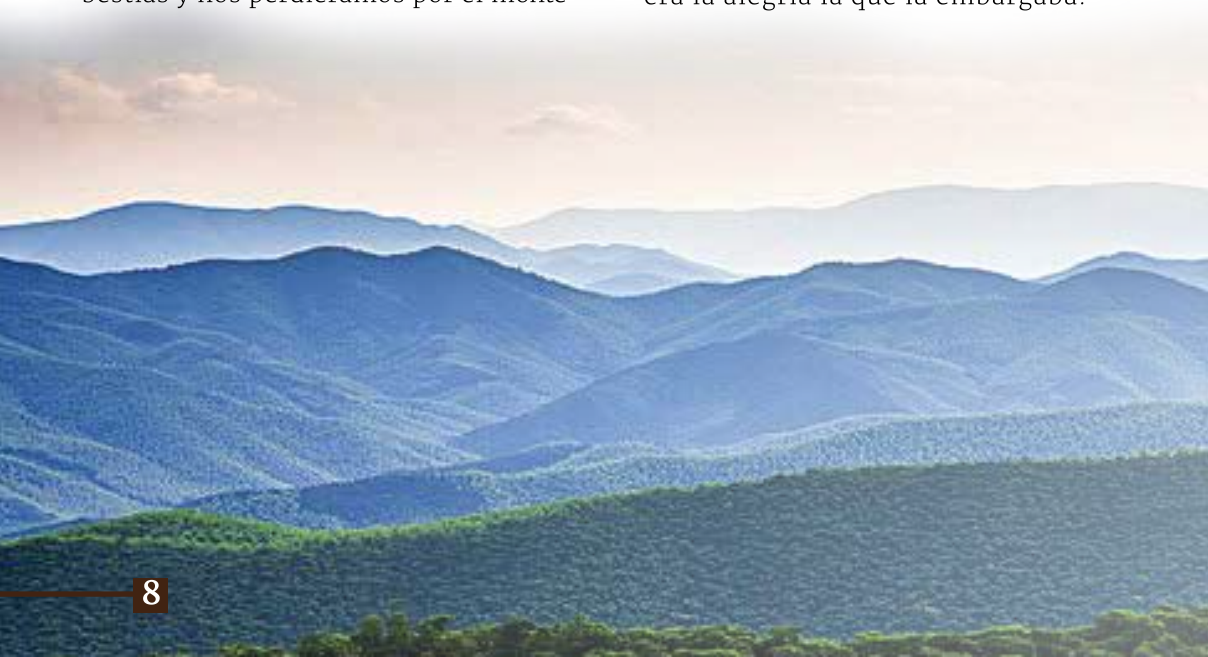
JÉSUS
MARIE
JOSEPH
JÉSUS, MARIE, JOSEPH,
je vous donne mon cœur,
je vous donne ma vie

SANTA LAURA MONTOYA
y San José

"Llegadas a un sitio cerradísimo las bestias no quisieron seguir y la lluvia era un verdadero diluvio. No teníamos parte seca ni necesidad que no nos punzara. El peón se había ido con los pocos comestibles que traíamos; no comíamos desde la mañana. Mi madre, llorando, me dijo: *"mire hija, usted no conoce el mayor peligro que temo... Es que esos hombres tan perversos que vimos en la casa del Porce, conociendo que aquí habíamos de detenernos por lo malo del camino y de la noche, pueden venirse y a mí me matarán para robársela a usted. A mí me mata este temor. Yo pienso que ante este peligro Dios no verá mal que nos tiremos por este despeñadero. ¡Ay, hija de mi alma! su suerte, entonces, será la más desgraciada del mundo si cae en manos de esos hombres"*. Lloraba casi a los gritos rogándome que dejáramos las bestias y nos perdiéramos por el monte aunque nos matáramos. ¡Dios mío, qué instante tan terrible! Y lloraba repitiendo siempre: *"es que Laura no entiende..."* *"Sí, entiendo mucho* – le dije – *de lo bueno que es Dios y verá que nos va a socorrer en el momento"*.

Al decir esto oímos gritos lejanos. Mi madre temblaba más. Poco rato después los gritos se oyeron cerca. Pocos minutos después llegó un hombre con linterna en mano y viéndonos decía: *"cuánto me han hecho sufrir mis señoras. Desde las cuatro vengo detrás de ustedes sin poderlas alcanzar"*.

Calcule, padre, lo que sentiríamos. Mi madre cambió el motivo del llanto: ya era la alegría la que la embargaba.



venían en peligrosa situación y nos hizo devolver[1] como media cuadra, para buscar un atajo que evitara el peligro.

A las once de la noche llegamos a la posada y allí, después de recomendarnos mucho a una señora, a la una de la mañana, ***"nuestro San José"*** volvió a emprender aquel camino para llegar a su casita a empezar el trabajo.

Yo gritaba de dicha. Le decía al hombre: ***"no nos diga ud. cómo se llama porque usted es San José porque para ser nuestro guardián lo ha mandado Dios.*** *Sí, señor, hizo muy bien en obedecerle a Dios cuando lo mandó porque le va a pagar muy bien".*

Con su linterna pudimos ver que con un paso más de las bestias, habríamos dado a un abismo de donde no habríamos vuelto a salir. Nuevo agradecimiento. Llanto de dicha. Nos parecía que habíamos nacido. Tal era el peligro de que nos habíamos librado. ***"Nuestro San José"*** sacó de su mochila algunas provisiones y sació nuestra hambre que ya era mucha.

Nos dio agua, nos arregló las monturas que, sin que lo hubiéramos notado,

Esto no necesita comentario. Desde entonces sé, mejor que antes, que la sombra amada de Dios me sigue y abriga más infinitamente que la concha guarda a la pobre tortuga que se arrastra por el suelo. Y ¿qué soy yo? Una tortuga que me arrastro en miserias capaces de inspirar desprecio al mismo demonio. Pero cuento con la *"Concha amada"* y nada temo. La sombra que **San José** prestó a la Virgen Santísima se extiende a todas las vírgenes que Jesús se reserva para sus amores en el mundo, con tal de que sean fieles y confíen. Cuándo diré lo que siento de la confianza amorosa. Ni prestando los ángeles su lenguaje celestial alcanzaría a decir lo que esta virtud es para mi alma"

(1.) Devolver: volver, retroceder.

Con razón ERES AMADO

Cant. 1,4

El amor de San José a Jesús

Después de la Virgen María ningún santo
ha amado tanto a Jesús,
ninguno ha vivido en tan estrecha
intimidad con Él,
y nadie ha recibido de Él
tantos favores como San José.
Lo amaba como a su Dios y, en su presencia,
encontraba siempre
los medios de satisfacer sus más
dulces deseos y santas inclinaciones.

Su amor lo hacía todo corazón para
no amar sino a Jesús, todo espíritu para
no pensar sino en Jesús,
todo ojos para conocer
sus necesidades y todo lleno
de solicitud para aliviarlas.

¿Quieres ser feliz?
¿Quieres adquirir un rico tesoro para el cielo?

¡Ama a Jesús de todo corazón, como San José!

¿*No es Éste el hijo de José el carpintero?* (Lc 4,22). Así es como describe la Sagrada Escritura a Jesús: *"Hijo del carpintero..."* La Providencia escogió a San José como Esposo de María para que el Verbo entrara en el mundo de manera ordenada, grandiosa y conforme a la ley. Por eso su matrimonio con la Virgen fue enteramente verdadero: un contrato entre ambos, bendecido por Dios con todas las gracias destinadas a una familia bien constituida.

Sólo la Virgen fue Madre natural de Dios; pero San José era el dueño del Fruto de sus entrañas. San José fue escogido para "custodiar" los Tesoros más preciosos de la Santísima Trinidad.

> ***SAN JOSÉ tuvo el privilegio de ser el confidente de los misteriosos designios de Dios y cooperador de su realización.***

Josefología

SAN JOSÉ: "SU PATERNIDAD"

Dice San Bernardo: *"Qué grande fue la dignidad de San José por el título con el cual mereció ser llamado y considerado padre de Dios. Tuvo el privilegio de ser el confidente de los misteriosos designios de Dios y cooperador de su realización. Fue elegido para conservar el Pan Vivo que bajó del cielo. No cabe duda de que este José, con el que se casó la Virgen, fue bueno y fiel. Él fue al que el Señor designó para ser el consuelo de Su Madre, el sostén de Su Humanidad y el único y más fiel ayudante en la tierra en la ejecución de su poderoso propósito. En él encontró el Señor otro hombre como David, conforme a Su propio Corazón."*

San José es modelo de padre porque nadie como él supo desempeñar su misión de educar, formar y acompañar a Jesús en sus primeros pasos por esta tierra. Él sabía que era sólo "padre legal" y aun así se entregó totalmente a su misión. Al contemplar la paternidad de San José vemos que ésta remite a la Paternidad de Dios. Fue San José el hombre de confianza de Dios Padre. Será el brazo fuerte del Todopoderoso para custodiar y salvar al Hijo de Dios y a Su Madre Santísima de los más variados peligros.

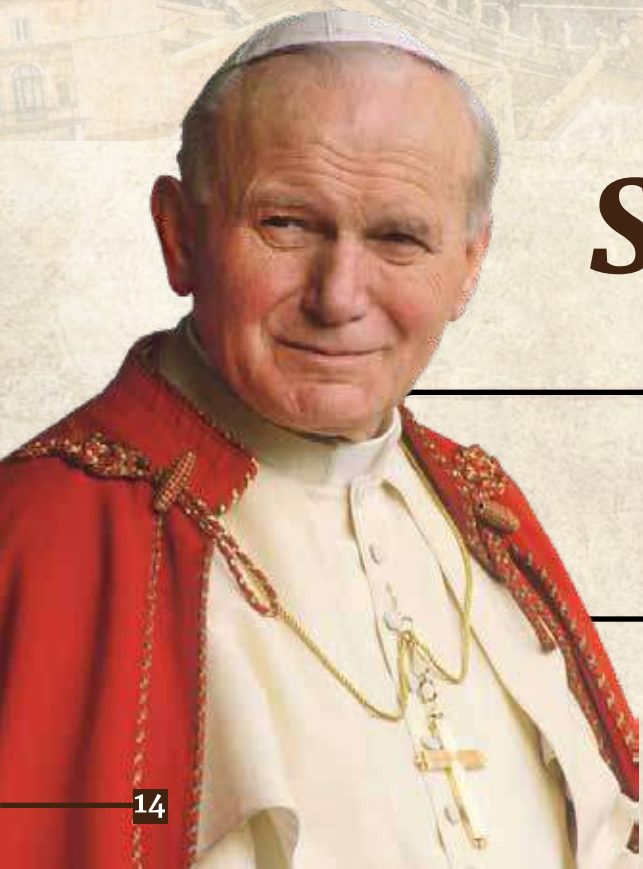
Por eso San José es padre de Jesús, esposo de María, verdadero testigo de la fe. Vivió toda su vida sacrificada al cumplimiento de la Voluntad de Dios.

Por obediencia a Dios aceptó responsablemente un papel que no creía merecer. Fue llamado para ser el esposo fiel y el solícito padre del Niño Dios. Esa misma obediencia incondicional dirigirá todos sus pasos. El Evangelio pone de relieve el acatamiento puntual a la Voluntad de Dios tanto al acudir a Belén como al llevarse al Hijo y a la Madre a Egipto o al retornar a Nazaret.

Sabemos que San José no puso ninguna traba a la Voluntad de Dios. Siempre estuvo bien dispuesto, siempre obediente, siempre a la escucha de la Voz de Dios. Ni la humildad de su propia estima fue un obstáculo para aceptar la responsabilidad de su paternidad; ni las dificultades que fueron surgiendo le hicieron desistir jamás de su obediencia. Y ése, que fue "su camino" "su modo" de ser santo, es también el nuestro: fidelidad a la Palabra de Dios, obedecer a Dios antes que a los hombres y amarle sobre todas las cosas.

San José:
escondido en Cristo

(Catequesis de San Juan Pablo II en la Audiencia General del 19 de marzo de 1980)



El Hijo de Dios, el Verbo Encarnado, durante los treinta años de la vida terrena permaneció oculto: *"se ocultó a la sombra de José".*

Al mismo tiempo, María y José permanecieron *"escondidos en Cristo"* en su misterio y en su misión. Particularmente José que –como se puede deducir del Evangelio– dejó el mundo antes de que Jesús se revelase a Israel como "el Cristo" y permaneció oculto en el misterio de Aquel a quien el Padre Celestial le había confiado cuando todavía estaba en el Seno de la Virgen, cuando le había dicho por medio del ángel: *"no temas recibir en tu casa a María, tu esposa"* (Mt 1, 20).

Eran necesarias almas profundas -como Santa Teresa de Jesús- y los ojos penetrantes de la contemplación para que pudiesen ser revelados los espléndidos rasgos de José de Nazaret, aquel de quien el Padre Celestial quiso hacer, en la tierra, *"el hombre de su confianza".*

Que esta meditación despierte en nosotros la necesidad de la oración por intercesión de aquel en quien el Padre Celestial ha expresado sobre la tierra toda la "dignidad espiritual de la paternidad". La meditación sobre su vida y sus obras, tan profundamente ocultas en el misterio de Cristo y, a la vez, tan sencillas y límpidas, ayude a todos a encontrar el valor y la belleza de la vocación de la que cada una de las familias humanas saca su fuerza espiritual y su santidad.

Síguenos en:

Ejército Blanco

NSEradio
www.nseradio.com
www.nsetv.com

nsetvradio

TUNE IN

@nseradio
@nsetv

nseradio
nsetv

Si lo desea puede contribuir con un donativo a la difusión del Josefino.

E-mail: revistaeljosefino@gmail.com